

EL BESO PRESTADO

Autora: Mercedes Daza García

Acostumbro a jugar con las vidas. Las convierto en sueños o pesadillas según mi antojo. Derramo la tinta por aquéllos que no alcanzaron sus quimeras, o despedazo el papel por los que no se atrevieron. Otras, enmascaro las frustraciones que andan enredadas a mi estómago, ahíto de escuchar mis propias lamentaciones.

Reconozco que la estación de tren es mi lugar predilecto para llevar a cabo mis hazañas. El recinto se cubre de sentimientos de ida y vuelta. Fluyen por cada rincón. Viajeros vulnerables, hombres de negocios, acompañantes que demuestran al mundo sus dependencias, parejas de enamorados, familias unidas. Y alguno que otro que busca desesperadamente la soledad. No hay día que no se escape alguna lágrima. Las recojo y les doy cobijo en un recoveco de mi memoria para poder contar en un futuro el cuento más triste.

Mi semblante se ha contagiado de la luminosidad del amanecer azafranado. Cuando la he visto aparecer por primera vez, todo mi ser ha palpitado. A lo lejos, se podía apreciar su torpeza a la hora de arrastrar su maleta, un peso titánico para un cuerpo frágil que apenas se dejaba entrever tras su abrigo, estilizado por unos tacones de vértigo que han mantenido en todo momento presente su sensualidad. Me tiene embelesado su leve balanceo esperando en el andén, la dulzura con la que abraza su cuerpo para protegerse del frío. El viento retoza con su falda, suscitándome más de un suspiro.

Pienso que podía haber corrido hacia ella, arrodillarme y decirle que la quería —aunque no fuese cierto—. Robarle la maleta en un descuido y cumplir la fantasía de que alguna mujer corriese detrás de mí. Agarrarme a sus piernas y suplicarle que me llevase con ella; ser una tragedia pegado a sus medias. Declararle amor eterno. ¡Convertirme en un patético enamorado! Mas la euforia del momento se desvanece mientras la observo disimuladamente desde un lugar recóndito, donde ocupo la mayor parte del tiempo creando mis historias. Esta vez podría ser la mía. Así que no me ha quedado más remedio, debido a mi cobardía, que despedirme a la francesa. No obstante, he tenido la osadía de lanzarle un beso.

El beso ha entrado por la puerta, sigiloso y observador, tropezando con la muchedumbre que parecía aún no

tener ubicado su destino. Escurrizado, se cuela entre aquellos gigantes más preocupados por localizar su asiento que por encontrar el amor. Rezagado por el vaivén del tren, cada vez se hace más ardua su tarea. Travesea inquieto de un vagón a otro en busca de la chica hasta que la encuentra. Inconfundible por sus andares singulares, debidos a los leves escalofríos, que nos delatan que aún no se ha desprendido del gélido invierno. Él la persigue y le sopla con todas sus fuerzas aire caliente en la nuca esquivando la cola de caballo que se mueve de un lado a otro, en un intento de no ser zarandeado.

Ella toma asiento y ojea una revista. El beso se sienta a su lado y contempla los árboles huir tras el cristal. El resplandor que irradia la albura de la nieve le recuerda lo gratificante que puede llegar a ser su trabajo cuando sacude a más de un corazón. La mira de reojo y trata de llamar su atención rozándole la mano. Sube por su cuello hasta llegar a la comisura de sus labios, se detiene y decide que aún es demasiado pronto para concluir el juego. Revolotea ante su presencia, pero sus esfuerzos son en vano. Ella no puede verlo. Sólo siente un cosquilleo que le hace feliz.

Frente a la joven ocupa su plaza una mujer mayor muy educada. Poco a poco, empieza a absorber las fuerzas del beso con su charla tediosa, repleta de fechas, parentescos y generaciones que nadie conoce. Se desinfla progresivamente como un globo pinchado, hasta caer consumido al suelo. Mira a la chica desde una perspectiva lujuriosa y vibra de emoción. Ella dibuja una sonrisa somnolienta en su rostro para complacer a la anciana. El beso recuerda su cometido y escala por sus esbeltas piernas hasta volver a ocupar su sitio. Por fortuna, el traqueteo del tren ha adormecido a la abuelita.

Hablar de tiempos pasados le ha hecho evocar uno de sus poemas favoritos. Saca de su enorme bolso un libro desgastado por las lágrimas que más de una vez han empapado sus páginas. Entre susurros recita "*La muerte del niño herido*". El beso se coloca delante del libro para poder compartirlo con ella. En apenas segundos, escapa de las traviesas manos de la muerte que aspiran a atrapar a su presa ahogada en una inmensa gota de agua, derramada por la sentimental de su dueña al interiorizar los versos. Con cierta ansiedad se aferra al cristal, con la esperanza de que un rayo de sol seque tanta emoción contenida.

Visualiza su entorno y queda prendado ante los colores llamativos que emanan de la vestimenta ostentosa del petimetre que carcajea al fondo del vagón. Parece haber sido sacado de una serie de época. Chismorrea sin

parar como una alcahueta, especulando sobre la vida de los pasajeros sin ningún tipo de reparo. Intrigado se aproxima para analizarlo. El lechuguino, en un ademán con su mano para señalar a su próxima víctima, ha estampado al beso contra la cabina de control, introduciéndose en la prohibida sala. Aturdido por el golpe se enreda entre la multitud de cables. Con destreza se despoja de sus ataduras y se desenvuelve como pez en el agua manteniendo el equilibrio y haciendo acrobacias sobre los cables, saltando de palanca en palanca como el más entrenado funámbulo. Se desternilla al recrear la escena y disfruta de la libertad que puede llegar a dar el ser invisible para los demás.

Sus sentidos se agudizan al escuchar un cántico que parece ser entonado por una sirena. Sin apenas tener el control sobre su cuerpo se desliza por el aire como un espíritu encantado en busca de la atrayente voz. Cuál es su sorpresa al descubrir que la culpable de que este recorrido de sentimientos discurra por los raíles del tren, es la maquinista con los labios color carmín más apetecibles nunca antes vistos. Quiere besarla. Desea besarla. ¡Debe besarla! —Pero cuidado amigo, se trata de mi narración y te advierto que soy hombre de una sola mujer. No estropees este relato y retorna en busca de mi damisela, antes de que mi pluma agote el tintero. Una pista: la friolera de mis ensueños puedes hallarla en el restaurante. Un pesado amenaza con arrebatárnosla—.

Obediente regresa con el alma partida, empapado, golpeado y derrotado como un soldado tras la batalla perdida. Todo se torna oscuro. Escucha exclamaciones de niños. ¡Un túnel! —gritan al unísono. A él no le hace tanta gracia, que anda a tientas mientras masculla que se trata de un nuevo jodido impedimento que hace más engorrosa su misión.

La descubre en el comedor departiendo entusiasta con un hombre apuesto, un conquistador nato que sabe captar su interés. —¿Conoces el origen más remoto de los trenes? Se cree que se encuentra en los surcos que hacían antiguamente los carros en la arena— ¿O que el túnel ferroviario más largo del mundo se sitúa en Japón con 53 Kilómetros? Imagínate qué alegría para algunas parejas para aprovechar y darse arrumacos— se mofa.

Ella ríe sin parar. El beso entra en cólera y adopta un tono morado.

—¿Te he dicho que tienes unos ojos preciosos? —coquetea.—Me vas a hacer sonrojar —responde halagada.

—¿Has oído hablar de la estación subterránea abandonada llamada City Hall de Nueva York? De ella se

cuentan las más terroríficas historias, dicen que...

El beso azotado por los celos interrumpe la conversación, brincando sin parar como un niño enrabiado sobre la sopa del adversario provocando pequeñas erupciones. Se introduce en su oreja y comienza a emitir ensordecedores chillidos y silbidos, arrastrado por la exasperación. Vuela de un lado a otro propulsado por la ira, moviendo de manera fantasmagórica la cortina e introduciendo la noche salpicada de destellos al vagón.

—¿Lo, lo has visto? ¿Lo has oído? —titubea—. No creo en fenómenos paranormales pero ha sido empezar a hablar de la estación y....

En su último coletazo se introduce en la copa y gira sobre sí mismo a toda velocidad formando un remolino que rocía a su dueño de vino. El galán salió despavorido y no se supo más de él. —Lo recordaremos por su fugacidad—.

El beso se descuajaringa de risa por su hazaña. Se siente orgulloso. Altivo, la mira esperando una recompensa pero sus humos descienden en picado cuando descubre ser el causante de que la tristeza haya penetrado en el fondo de su alma.

Ella regresa a su asiento y contempla la luna con melancolía. Le gustaría provocar la misma atracción, resplandecer aunque sólo fuese por un minuto; ser merecedora de su propio respeto; dejar de ser una eterna insatisfecha; descifrar sus lágrimas. Pero desconoce que todo lo que anhela ha brotado en mi interior.

Ensimismada en su torbellino de recuerdos queda profundamente dormida con su compañero de aventuras en su regazo, que sucumbido a sus encantos se ha abandonado al vaivén de sus emociones. El beso se despierta y entiende que debe dar el primer paso para continuar este idilio que ha surgido entre ambos. Es consciente de que quedan pocos metros para terminar el trayecto y que el tiempo parpadea en el interior del ferrocarril. Respira hondo y tiembla al ponerse frente a sus labios. Sospecha que se ha enamorado. Cierra los ojos, pone en posición sus labios para fundirse en los suyos y... El tren frena en seco anunciando el final del viaje. El beso cae bruscamente en su escote —ocultándose en el canal donde surcan las fantasías— para acompañarla siempre en su camino.

Postdata: Yo sólo espero que algún día me lo devuelvas.